

Intervención de María Cadilla Baz

Me siento muy honrada de poder participar hoy en este homenaje a Miguel, en representación de sus ex alumnos, junto con mi querida amiga M^a José.

Ambas somos solo una muestra de los muchos hijos académicos de Miguel que están dispersos por diferentes lugares. Por eso sé que, aunque lo que voy a contar en esta intervención forma parte de mi propia experiencia, muchos de vosotros, que estáis asistiendo a este acto, os sentiréis plenamente identificados, porque también es la vuestra.

Ciertamente, todos estamos tristes por la pérdida de Miguel. Es inevitable. Sin embargo, no penséis que con su marcha nos hemos quedado huérfanos, porque no es así. Porque todos nosotros llevamos el sello de Miguel Sobrino en nuestro ADN.

Yo conocí a Miguel con 17 años, recién llegada a Madrid. ¿Y qué me dijo? Lo que a tantos otros (a voces, claro): ¡Bienvenida, esta es tu casa! “Aquí tratamos de hacer el mundo un poquito mejor. Así que, si quieres apuntarte, hay mucho por hacer”. Así empezó todo.

Ser su alumna fue un lujo, porque era un maestro, en mayúsculas. Además de ser una fuente de conocimiento inagotable, sobre todo sorprendía cómo lograba no dejar indiferente a nadie. (como también nos contaba Jesús). Estoy convencida de que la idea para la película *El club de los poetas muertos*, la sacaron de algún Miguel. Sin duda.

Y esa actitud suya, despertó mi vocación docente. Yo pensaba: “Ojalá algún día pudiera llegar a ser un poquito como él”. Lo que más me alegra, es que, a día de hoy, ese sigue siendo el Norte al que apunta mi brújula. Sigo teniendo el mismo pensamiento cada día al entrar en el aula. ¿Qué mayor legado puede haber que ese?

Por otra parte, estaba su enorme confianza en los demás: ¡es que creía mucho más en mí, que yo misma! Sin duda, me sobrevaloraba; pero ¡cuánto se agradecía ese refuerzo emocional cuando fallaban las fuerzas y uno sentía el impulso de tirar la toalla!

Lo cierto es que sin esos chutes de adrenalina que aportaban sus conversaciones (o directamente monólogos, muchas veces), no sé yo si habría terminado mi tesis doctoral. Ni si habría resistido a los primeros años de mi carrera docente, que

coincidieron en el tiempo con una universidad sumida en una profunda crisis y una enorme precariedad laboral. Pero ahí estaba Miguel, siempre: “Tú tranquila, que Alá aprieta, pero no ahoga” “Y no te pares. Hasta los 40 no te pares”. (Bueno, aquí creo que se quedó obsoleto, porque luego apareció la ANECA. Pero eso es otra historia).

También destacaría de Miguel la maestría que demostró como gestor en unos años de burocracia intensa, en la primera década de este siglo (menciones de calidad del programa de Doctorado, el programa de formación de doctores en Honduras; proyectos de cooperación internacional, ...) .

A veces los compañeros del Departamento recordamos entre risas cuánto padecimos a Miguel ¡Dios, qué cansino! Era tan sumamente concienzudo redactando cada carta, cada certificado, que nos agotaba a quienes le echábamos una mano en aquellas tareas. (¡qué chanchón, diríamos en mi tierra!) Pero claro, ¡luego todos sus proyectos salían adelante! Y entonces era cuando él contraatacaba, con una sonrisa de oreja a oreja: “¿Veis? ¡Es que es así como se deben hacer las cosas! ¡A ver si aprendéis, carallo!”

Por aquel entonces, yo era la becaria. Y era como un apéndice de Miguel, siempre detrás de él, recorriendo despachos y todos los recovecos de la Facultad, incluso embarazadísima o con un carrito de bebé a cuestas. Ahí pude seguir empapándome de su gran calidad humana, y constatar la magnífica relación que mantuvo siempre con todo el mundo, sin importar el trabajo que desempeñara o su rango académico. Eso fue para mí un auténtico máster en “Educación en valores”: generosidad, respeto y bondad.

Me gusta mucho el calificativo BUENO para definir a Miguel (en sentido amplio y con mayúsculas), porque creo que eso es lo que fue, ante todo: un hombre bueno.

Y termino ya, refiriéndome al legado más personal que Miguel me dejó, yo diría que casi como un cheque nominativo.

Fiel discípulo de la aportación teórica de Manuel Martín Serrano, él planteó que la actividad documental forma parte de los procesos de comunicación pública y, en consecuencia, de los mecanismos de control social derivados de la misma. Por eso consideraba fundamental introducir esta visión social en la carrera de Información y Documentación. Y tras años de empeño, por supuesto, lo consiguió. Yo abordé esa reflexión teórica en mi tesis doctoral, y en 2010 me incorporé como ayudante suyo a

las clases. Al año siguiente me pasó el testigo, y desde entonces vengo impartiendo Teoría de la Comunicación en dicha Facultad.

“Mijeliño”, no sé si algún día podré llegar a desarrollar esa “Teoría Social de la Documentación” que me encomendaste (una teoría, nada menos, como si fuera tan sencillo), pero ten por seguro que intentaré con todas mis fuerzas mantener encendida esa llama que encendiste. Espero estar a la altura y que, estés donde estés, te sientas orgulloso de mí como yo lo estoy de que hayas formado parte de mi vida.

En mi nombre y en el de todos tus ex alumnos, ¡gracias! Nunca te olvidaremos

María Cadilla Baz